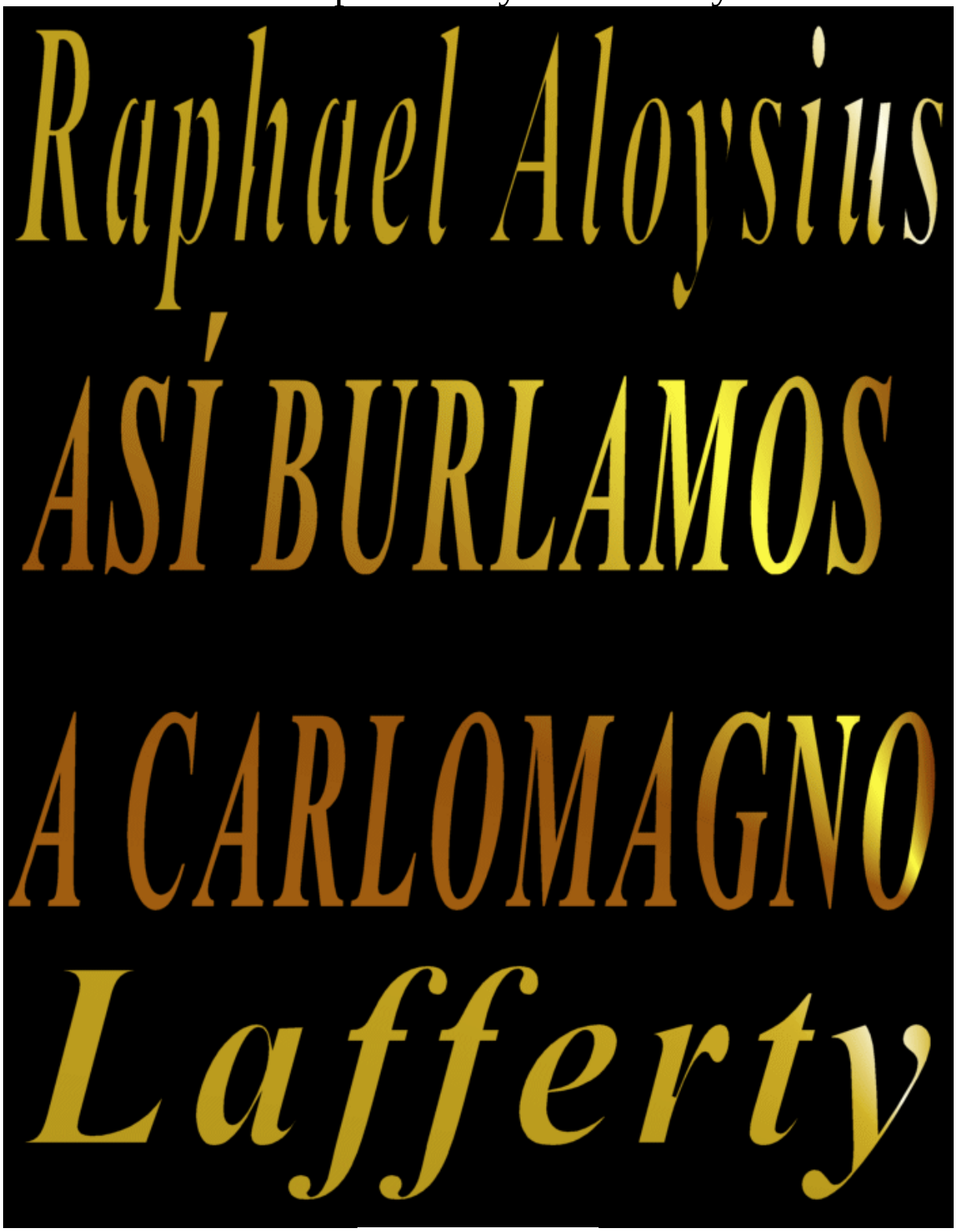
ASÍ BURLAMOS A CARLOMAGNO

Raphael Aloysius Lafferty



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

-Habíamos estado en algunos muy altos-dijo Gregory Smirnov, del Instituto-, pero nunca nos habíamos encontrado en uno tan grande como éste, no rodeados de tan apasionada expectación. Pero, si los cálculos de Epiktistes son correctos, éste funcionará.

-Este funcionará-dijo Epikt.

¿Era este Epiktistes la máquina Ktistec? ¿Quién lo hubiese creído? La masa principal de Epikt estaba cinco pisos debajo de ellos, pero él había instalado una extensión de sí mismo hasta aquel pequeño tejadillo. Lo único que se necesitaba era un cable de un metro de diámetro con una cabeza funcional montada en el extremo.

¡Y qué cabeza había escogido! Era una cabeza de serpiente de mar, una cabeza de dragón, de cinco pies de longitud y copiada de un antiguo carnaval. Epikt se había dado también a sí mismo un lenguaje humano, una mezcla de irlandés, hebreo y holandés que parecía sacada de un viejo vodevil.

Pero se había tomado aquel proyecto muy en serio.

-Disponemos de unas condiciones perfectas para la prueba-dijo la máquina Epikt, como llamándoles al orden-. Hemos instalado nuestros textos básicos y tomado cuidadosa nota del mundo tal como es. Si el mundo cambia, los textos tienen que cambiar delante de nuestros ojos. Para nuestra prueba-piloto, hemos escogido aquella parte de nuestra propia ciudad de tamaño mediano que puede ser divisada desde este puesto de observación. Si el mundo, en su continuidad pasado-presente, es cambiado por nuestra intervención, el rostro de nuestra ciudad cambiará también instantáneamente mientras lo contemplamos.

»Hemos reunido aquí los mejores cerebros y criterios del mundo: ocho humanos y una máquina Ktistec, yo. Recuerden que somos nueve. Puede ser importante.

Los nueve mejores cerebros eran: Epiktistes, la máquina trascendental que puso la «K» en Ktistec; Gregory Smirnov, el generoso director del Instituto; Valery Mok, una incandescente dama científica; su eclipsado y superinteligente marido Charles Cogsworth; el serio e infalible Glasser; Aloysius Shiplap, el genio en embrión; Willy McGilly, un hombre que carecía de falsa modestia; Audifax O'Hanlon; y Diogenes Pontifex. Los dos últimos no eran miembros del Instituto, pero cuando se reúnen los mejores cerebros del mundo, ellos dos no pueden faltar.

-Vamos a entremeternos con un pequeño detalle de la historia del pasado y observar su efecto-dijo Gregory-. Esto no se ha hecho nunca abiertamente. Vamos a retroceder a una época que ha sido llamada «Un sendero de luz en la vasta oscuridad», la época de Carlomagno. Estudiaremos por qué se apagó aquella luz y no encendió otras. El mundo perdió cuatrocientos años por aquella llama moribunda cuando la yesca estaba aparentemente preparada para encenderse. Retrocedamos hasta aquel falso amanecer de Europa y estudiemos las causas del fallo. El año era el 778 y la región era España. Carlomagno había establecido una alianza con Marsilies, el rey árabe de Zaragoza, contra el Califa Abderramán de Córdoba. Carlomagno tomó las ciudades de Pamplona, Huesca y Gerona, y limpió el camino para Marsilies en Zaragoza. El Califa aceptó la situación. Zaragoza sería independiente, una ciudad abierta a los musulmanes y a los cristianos. Las Marcas septentrionales hasta la frontera de Francia garantizarían su Cristiandad, y habría paz para todo el mundo.

»El tal Marsilies había tratado como iguales a los cristianos en Zaragoza desde hacía mucho tiempo, y ahora habría un camino abierto desde el Islam hasta el Imperio Franco. Marsilies entregó a Carlomagno treinta y tres eruditos (musulmanes, judíos y cristianos) y algunas mulas españolas para sellar el trato. Y pudo haberse producido una fecunda interpenetración de culturas.

»Pero el camino quedó cerrado en Roncesvalles, donde la retaguardia de Carlomagno fue víctima de una emboscada y destruida cuando regresaba a Francia. Los responsables de la emboscada eran más vascos que musulmanes, pero Carlomagno cerró la puerta de los Pirineos y juró que en adelante ni siquiera un pájaro podría volar por encima de aquella frontera. Mantuvo el camino rigurosamente cerrado, y lo mismo hicieron sus hijos y sus nietos. Pero, al sellar el mundo musulmán, Carlomagno selló también su propia cultura.

»En sus años postreros trató de revitalizar la civilización con un puñado de irlandeses semieruditos, griegos vagabundos y copistas romanos, incapaces de revitalizar nada. Si la puerta del Islam hubiese permanecido abierta, se hubiera producido un verdadero florecimiento de la cultura. Ahora vamos a disponer las cosas de modo que no se produzca la emboscada de Roncesvalles ni quede cerrada la puerta abierta entre las dos civilizaciones. Entonces veremos lo que nos sucede.

-Intrusivos como ladrones-dijo Epikt.

-¿Quién es un ladrón?-preguntó Glasser.

-Yo-dijo Epikt-. Todos nosotros. Es de una antigua poesía. He olvidado el nombre del autor; pero lo tengo archivado en mi cerebro principal, abajo, si le interesa.

-Operaremos con un texto básico de Hilarius-continuó Gregory-. Lo observaremos cuidadosamente, y debemos recordarlo tal como es. Es posible que pronto podamos decir tal como era. Creo que las palabras cambiarán sobre la misma página de este libro mientras las contemplamos. En cuanto hayamos hecho lo que pretendemos hacer.

El texto básico marcado en el libro abierto decía:

«El traidor Gano, con dinero del Califa de Córdoba, alquiló a cristianos vascos (vestidos como mozárabes zaragozanos) para tender una emboscada a la retaguardia de Las fuerzas francesas. Para hacer esto era necesario que Gano se mantuviera en contacto con Los vascos y al mismo tiempo entretuviera a la retaguardia de Los francos. Sin embargo, Gano servía a la vez de guía y de explorador de Los francos. La emboscada se llevó a cabo. Carlomagno perdió sus mulas españolas. Y cerró la puerta contra el mundo musulmán.»

Ése era el texto de Hilarius.

-Cuando apretemos el botón-dijo Gregory-, esto cambiará. Epikt, par media de una serie de mecanismos que ha reunido, enviará un Avatar (en parte mecánico y en parte de construcción espectral), y algo le sucederá al traidor Gano una noche en el camino de Roncesvalles.

-Espero que el Avatar no sea caro -dijo Willy McGilly-. Cuando yo era un chiquillo utilizábamos flechas que fabricábamos nosotros mismos con ramas de olmo.

-Este no es lugar para bromas-protestó Glasser-. ¿A quién mató usted en el tiempo cuando era un chiquillo, Willy?

-A montones de gente. Al rey Wu, de Manchuria, al Papa Adriano VII, al Presidente Hardy de nuestro propio país, al rey Marcel de Auvernia, al filósofo Gabriel Toeplitz...

-Nunca he oído hablar de ninguno de ellos-insistió Glasser.

-Claro que no. Les matamos cuando eran niños.

-Basta de tonterías, Willy-intervino Gregory.

-Lo que está diciendo Willy no son tonterías-protestó la máquina Epikt-. ¿De dónde creen que saqué la idea?

-Contemplen el mundo-dijo Aloysius en voz baja-.Estamos viendo nuestra propia ciudad, de tamaño mediano, con media docena de torres de ladrillo color pastel. La veremos crecer o encogerse. Si el mundo cambia, la ciudad cambiará.

-Hay dos espectáculos en la ciudad a los que no he asistido-dijo Valery-. ¡No dejen que desaparezcan! Después de todo, en la ciudad no hay más que tres teatros.

-Podíamos haber tomado también Las Bellas Artes como textos básicos-dijo Audifax O'Hanlon-. Ustedes pueden decir lo que quieran, pero el arte no había mostrado nunca la actual decadencia. Sólo hay tres escuelas de pintura, todas ellas malas. La escultura se desenvuelve a base de chatarra. El único arte popular, el esgrafiado sobre las paredes de los mingitorios, se ha convertido en algo vulgar, estilizado y feo.

»Los únicos pensadores que merecen este nombre son el difunto Teilhard de Chardin y los abortos Sartre, Zielinski y Aichinger. ¡Oh! Si se lo toman a risa, es mejor que me calle.

-Todos nosotros somos expertos en algo-dijo Cogsworth-. La mayoría de nosotros somos expertos en todo. Conocemos el mundo tal como es. Hagamos lo que vamos a hacer, y luego miremos al mundo.

-¡Apriete el botón, Epikt! -ordenó Gregory.

Desde sus profundidades, la máquina Ktistec envió un Avatar, en parte mecánico y en parte de construcción espectral. A lo largo del camino de Pamplona a Roncesvalles, el 14 de agosto del año 778, el traidor Gano fue ahorcado en un algarrobo, el único que crecía en aquellos bosques de robles y hayas. Y a partir de aquel momento todas las cosas cambiaron.

-¿Ha funcionado, Epikt? -preguntó Louis Lobachevski-. No veo ningún cambio.

-El Avatar ha regresado e informa que ha cumplido su misión-declaró Epikt-. Tampoco yo veo ningún cambio.

Los trece, los diez humanos y las máquinas Ktistec, Chresmoeidec y Proaisthematic, se volvieron hacia la evidencia y su decepción fue en aumento.

-No hay una sola palabra cambiada en el texto de Hilarius-gruñó Gregory.

Y en efecto, el texto básico decía:

«El rey Marsilies de Zaragoza aceptó dinero del Califa de Córdoba por persuadir a Carlomagno a que abandonara la conquista de España (un proyecto que nunca estuvo en la mente de Carlomagno); aceptó dinero de Carlomagno como recompensa por las ciudades de las Marcas septentrionales que habían sido devueltas al gobierno de la cristiandad (aunque el propio Marsilies no las había gobernado nunca); y aceptó dinero de todos los que quisieron utilizar la nueva vía para el comercio que pasaba a través de su ciudad. A cambio, Marsilies sólo entregó treinta y tres eruditos, otras tantas mulas y unas cuantas carretas de manuscritos procedentes de las antiguas bibliotecas helenísticas. Pero quedó abierto un camino sobre las montañas entre los dos mundos; y también un sector de la costa mediterránea quedó abierto a ambos. Se estableció una pequeña apertura entre los dos mundos, y en cada uno de ellos se produjo una leve reanimación de la civilización.»

-No, no hay una sola palabra del texto cambiada -gruñó Gregory-. La Historia siguió el mismo curso. ¿Cómo ha fallado nuestro experimento? Hemos intentado, por medio de un mecanismo que ahora parece un poco nebuloso, acortar el período de gestación para el nuevo nacimiento. Y no se ha acortado.

-La ciudad no ha cambiado en ningún sentido-dijo Aloysius Shipla-.Continúa siendo una hermosa ciudad con dos docenas de torres imponentes de piedra caliza multicolor y mármol mediterráneo. Es una metrópoli vital, y todos nosotros la amamos, pero continúa siendo lo que era.

-Hay un par de docenas de excelentes espectáculos que no he tenido ocasión de presenciar-dijo Valery alegremente mientras examinaba la cartelera-. Temí que pudiera haberles sucedido algo a nuestros teatros.

-Las Bellas Artes no han experimentado ningún cambio-dijo Audifax O'Hanlon-. Ustedes pueden decir lo que quieran, pero el arte no había mostrado nunca el actual florecimiento. Las escuelas de pintura proliferan como las estrellas en una galaxia. La escultura escandinava y maorí ha perdido su preponderancia en un campo donde casi todo es extraordinario. La música ha alcanzado cimas sublimes. E incluso un arte siempre popular, el esgrafiado sobre las paredes de los mingitorios, conserva sus excelencias. ¡Ah! Vivimos en un mundo de abundancia, desde el punto de vista artístico.

-Hay más hierba de la que podemos rumiar-dijo Willy McGilly-. El experimento, desde luego, ha sido un fracaso. Y yo me alegro. Me gusta un mundo de abundancia.

-No podemos decir que el experimento ha sido un fracaso, puesto que sólo hemos cubierto la tercera parte de él-dijo Gregory-. Mañana efectuaremos nuestra segunda tentativa en el pasado. Y si después de eso queda un presente para nosotros, haremos una tercera tentativa al día siguiente.

-Despejen, señores, despejen-dijo la máquina Epiktistes-. Volveremos a reunirnos aquí mañana. Ahora, ustedes a sus placeres y nosotros a los nuestros.

Aquella noche hablaron, lejos de las máquinas, donde podían hacer descabelladas conjeturas sin que se rieran de ellos.

-Saquemos una tarjeta del montón, al azar -dijo Louis Lobachevski-. Tal vez el cambio de sistema cambie el resultado del experimento.

-Sugiero que utilicemos a Ockham-dijo John Konduly.

-¿El Tímido?-inquirió Valery-. Fue el último y el menor de los eruditos medievales escolásticos. ¿Cómo podría afectar a algo lo que él hiciera o dejara de hacer?

-¡Oh, no! Estuvo a punto de cortarse la yugular. Y lo hubiera hecho si no hubiesen arrancado la navaja de su mano. Pero hay algo que no encaja. Es como si yo recordara la época en que las cosas no eran tan severas para Ockham, como si el Terminalismo de Ockham no significara lo que sabemos que significa.

-Bueno, dejemos que se corte la yugular -dijo Willy-. Dejemos que se produzca la terminación lógica del Terminalismo, y veamos hasta qué punto estaba afilada la navaja de afeitar de Ockham.

-Lo haremos-dijo Gregory-. Así podremos descubrir si las actitudes puramente intelectuales tienen un efecto positivo. Dejaremos los detalles a cargo de Epikt, pero creo que el momento crucial se sitúa en el año 1323, cuando John Lutterell se trasladó desde Oxford a Aviñón, donde entonces se hallaba establecida la Santa Sede. Era portador de cincuenta y seis proposiciones sacadas de los Comentarios de Ockham, y propuso que fuesen condenadas. No fueron condenadas abiertamente, pero Ockham salió seriamente quebrantado de aquel primer asalto y nunca llegó a reponerse. Lutterell demostró que el nihilismo de Ockham no tenía la menor consistencia intelectual. Y la obra de Ockham se perdió, dejando únicamente leves resonancias en las pequeñas cortes germanas que Ockham visitó posteriormente. Pero, si las actitudes intelectuales tienen un efecto positivo, los puntos de vista de Ockham podían haber hundido el mundo.

-A nosotros no nos hubiese gustado Lutterell-dijo Aloysias-. Carecía del sentido del humor, era un hombre muy frío y siempre tenía razón. Y nos hubiese gustado Ockham. Era encantador, y estaba equivocado, y tal vez destruiremos aún el mundo. Existe esa posibilidad, si dejamos las manos libres a Ockham. China permaneció helada durante millares de años por una actitud intelectual, mucho menos perturbadora que la de Ockham. La India está hipnotizada en un extraño éxtasis que se llama a sí mismo revolucionario: hipnotizada por una actitud intelectual. Pero nunca existió una actitud como la de Ockham

De modo que decidieron que el que fue Canciller de Oxford, John Lutterell, un hombre que siempre estaba enfermo, enfermaría una vez más en el curso de su viaje a Aviñón y no llegaría allí para denunciar la obra de Ockham antes de que infestara al mundo.

-Vamos con ello, señores-dijo Epikt al día siguiente-. Voy a detener a un hombre que se dirige a Aviñón, procedente de Oxford, en el año 1323. Ocupen sus asientos y empecemos.

Y la gran cabeza de serpiente de mar de Epiktistes resplandeció con todos los colores mientras él soplaba sobre un pooka-dooka de siete brazos y llenaba la estancia de humo maravilloso.

-¿Todo el mundo preparado para que le corten el pescuezo?-preguntó Gregory alegremente.

-Adelante-dijo Diogenes Pontifex-, aunque he de confesar que no tengo ninguna esperanza de éxito. Si nuestro experimento de ayer fracasó, no veo cómo un erudito inglés, dispuesto a hacer condenar cincuenta y seis puntos de razonamiento abstracto de otro erudito inglés por un tribunal italiano establecido en Francia, puede producir algún efecto.

-Disponemos de unas condiciones perfectas para la prueba-dijo la máquina Epikt-. Hemos instalado un texto básico de la Historia de la Filosofía de Cobblestone. Si la prueba es positiva, el texto cambiará delante de nuestros ojos. Y lo mismo sucederá con todos los otros textos, y con el mundo.

-Hemos reunido aquí los mejores cerebros y criterios del mundo-dijo la máquina Epiktistes-, diez humanos y tres máquinas. Recuerden que somos trece. Esto puede ser importante.

-Contemplen el mundo -dijo Aloysios Shiplap-. Ayer ya dije eso, pero es preciso que vuelva a decirlo. Tenemos el mundo en nuestros ojos y en nuestras memorias. Si cambia en cualquier sentido, lo sabremos.

-Apriete el botón, Epikt-dijo Gregory Smirnov.

Desde sus profundidades, Epiktistes, la máquina Ktistec, envió un Avatar, en parte mecánico y en parte de construcción espectral. Y a lo largo del camino de Mende a Aviñón, en el antiguo Languedoc, distrito de Francia, en el año 1323, John Lutterell fue atacado por otra enfermedad. Le llevaron a una pequeña posada, y quizá murió allí. En cualquier caso, no llegó a Aviñón.

-¿Ha funcionado, Epikt?-preguntó Aloysius.

-Comprobemos la evidencia -dijo Gregory.

Los cuatro, los tres humanos y el fantasmal Epikt que era una máscara con un tubo parlante, se volvieron hacia la evidencia y su decepción fue en aumento.

-La estaca continúa ahí con sus cinco muescas-dijo Gregory-. Era nuestra estaca de prueba. Nada ha cambiado en el mundo.

-Las artes continúan siendo lo que eran-dijo Aloysius-. Nuestro cuadro sobre la piedra, en el que hemos trabajado durante tantas estaciones, está completamente igual. Hemos pintado los osos negros, los búfalos rojos y los hombres azules. Cuando encontremos un medio para producir otro color, podremos representar también las aves. Tenía la esperanza de que nuestro experimento nos proporcionaría ese otro color. Incluso había soñado que las aves podían parecer en el cuadro delante de nuestros ojos.

-Sigue habiendo solomillo de mofeta para comer, y nada más.-Dijo Valery-. Tenía la esperanza de que nuestro descubrimiento lo transformaría en pierna de venado.

-No está todo perdido-dijo Aloysius-. Nos quedan aún las nueces. Ésa fue mi última plegaria antes de que empezara nuestro experimento. Recé para que no nos quedásemos sin nueces.

Se sentaron alrededor de la mesa de conferencias, que era una gran roca plana, y partieron nueces con unos martillos de piedra. Iban completamente desnudos, y el mundo era como había sido siempre. Habían confiado en cambiarlo por medio de la magia.

-Epikt nos ha fallado-dijo Gregory-. Construimos su armazón con las mejores estacas, y tejimos su rostro con las hierbas más finas. Entonamos los cantos mágicos y colocamos todos nuestros tesoros especiales en las bolsas de sus mejillas. De modo que, ahora, ¿qué puede hacer la máscara mágica por nosotros?

-Pregúntelo, pregúntelo-dijo Valery.

Eran los cuatro mejores cerebros del mundo: los tres humanos, Gregory, Aloysius y Valery (los únicos humanos del mundo, a menos de que se incluyeran en la cuenta los de los otros valles), y el fantasma Epikt, una máscara con un tubo parlante.

-¿Qué haremos ahora, Epikt?-preguntó Gregory.

Luego fue a situarse detrás de Epikt, donde se encontraba el tubo parlante.

-Recuerdo a una mujer con una salchicha pegada a su nariz-dijo Epikt con la voz de Gregory-. ¿Puede ser eso de alguna utilidad?

-Puede ser de alguna utilidad-dijo Gregory, después de haber ocupado de nuevo su sitio en la mesa de conferencias-. Es de un antiguo cuento popular acerca de los tres deseos.

-Dejemos que Epikt lo cuente-dijo Valery-. Lo hace mucho mejor que usted.

Valery fue a situarse detrás de Epikt, donde se encontraba el tubo parlante.

-La esposa desperdicia un deseo por una salchicha -dijo Epikt con la voz de Valery-. Una salchicha es un trozo de carne de venado metido dentro de un trozo de tripa de venado. El marido está furioso porque la esposa ha desperdiciado un deseo, puesto que podía haber deseado un venado entero y hacer con él muchas salchichas. Está tan furioso, que desea que la salchicha quede pegada a la nariz de su esposa para siempre. El deseo se realiza, la mujer llora, y el hombre se da cuenta de que ha desperdiciado el segundo deseo. He olvidado el resto.

-¡No puedes haberlo olvidado, Epikt! -gritó Aloysins, alarmado-. El futuro del mundo puede depender de tu memoria. A ver, dejen que razone con esa maldita máscara mágica.

Y Aloysius fue a situarse detrás de Epikt, donde se encontraba el tubo parlante.

-¡Oh, sí! Ahora lo recuerdo-dijo Epikt con la voz de Aloysius-. El hombre utilizó el tercer deseo para desprender la salchicha de la nariz de su esposa. De modo que las cosas quedaron igual que antes.

-¡Pero nosotros no queremos que queden igual que antes! aulló Valery-. Comiendo solomillo de mofeta, y sin nada que ponerme, aparte de mi capa de piel de mono... Queremos mejorar. Queremos pierna de venado y pieles de ante.

-Aceptadme como un místico o no me aceptéis-declaró Epikt.

-Aunque el mundo haya sido siempre así, tenemos insinuaciones de otras cosas-dijo Gregory-. ¿Cuál fue el héroe popular que hizo el dardo? ¿Y de qué lo hizo?

-El héroe popular fue Willy McGilly -dijo Epikt con la voz de Valery, que apenas había tenido tiempo de llegar al tubo parlante. Y lo hizo con una rama de olmo.

-¿Podemos hacer un dardo como el que hizo el héroe popular Willy?-preguntó Aloysius.

-Podemos-dijo Epikt.

-Entonces, podríamos hacer también un arco...

-...y matar a un Avatar con él antes de que él matara a alguien más-terminó Gregory en tono excitado.

-Desde luego-dijo el fantasmal Epikt, que no era más que una máscara con un tubo parlante-. Nunca me han gustado esos Avatares.

Epikt era algo más que una máscara con un tubo parlante. Mucho más. Tenía rocas de almandina en su interior, y auténtica sal marina. Tenía polvo hecho con ojos de castor. Tenía cascabeles de serpiente y garras de armadillo. Era la primera máquina Ktistec.

-Dame la palabra, Epikt-gritó Aloysius unos momentos después, mientras adaptaba el dardo al arco.

-¡Dispara el arco!-aulló Epikt-. ¡Clávale el dardo a ese Avatar!

En un año sin numerar, en el Camino de Ningunaparte a Eom, un Avatar cayó muerto con un dardo hecho con una rama de olmo clavado en el corazón.

-¿Ha funcionado, Epikt?-preguntó Charles Cogsworth, en tono excitado-. Tiene que haber funcionado. Estoy aquí. Y en el último experimento no estaba.

-Comprobemos la evidencia-sugirió Gregory tranquilamente.

-¡Maldita sea la evidencia!-exclamó Willy McGilly-. Recuerde dónde lo oyó por primera vez.

-¿Ha empezado ya? preguntó Glassee.

-¿Ha terminado?-inquirió Audifax O'Haulon.

-¡Aprieta el botón, Epikt!-ladró Diógenes-. Creo que me he perdido parte del experimento. Vamos a intentarlo otra vez.

-¡Oh, no! ¡No! -dijo Valery-. Otra vez, no. Estoy harta de solomillo de mofeta...